

¡QUÉ HORROR!

Preciso era en el campo de batalla
portarse con honor,
pero rugía fiera la metralla
y le faltó el valor.

rico; aliviar pudo con oro
desdichas y orfandad;
la caridad mermaba su tesoro,
no tuvo caridad.

Ganar quiso, ayudado del destino,
renombre, fama y prez,
mas dejóse, en las zarzas del camino,
prendida la honradez.

Como perder su fría y triste calma,
causábale terror,
siempre cerró las puertas de su alma
al odio y al amor.

Viejo, enfermo y cobarde, la clemencia
de Dios quiso invocar,
y capó maldiciendo su impotencia;
no sabía rezar.

Murió, al fin, de las gentes execrado,
y acaso, sin razón;
buscándolo en su cuerpo inanimado,
no se le halló jamás el corazón.

EL CONDE DE ANDINO.